

Recientemente vi la película Silence. En donde el tema principal es la aparente pérdida de la fe acompañada por la experiencia de una ausencia de la presencia de Dios en las vidas de dos sacerdotes cuando confrontan la persecución de los japoneses católicos en el siglo XVI.

Tenemos un paralelo en el Evangelio de hoy con la situación de los dos discípulos en la noche de Pascua. El Jesús que ellos conocían, en quien ellos habían puesto todas sus esperanzas, sus sueños, y en efecto sus vidas, ahora estaba muerto. A pesar de los informes de otros sobre el descubrimiento de que su tumba estaba vacía y del supuesto ascenso de Jesús de entre los muertos, estos testimonios no eran muy convincentes. Todo lo que les quedaba a ellos eran sus sueños destrozados, sus sentimientos de abandono y el silencio de Dios.

A veces, nosotros también, conocemos la misma experiencia de los dos discípulos en el camino a Emaús y de los dos sacerdotes en Japón. Una de las recurrentes situaciones pastorales en que yo me encuentro es la pregunta del "por qué" y me ruegan por una explicación en dónde está Dios, o por qué Dios está ausente, o en silencio cuando camino con personas a través de tragedias que han destruido no sólo sus planes o sueños de sus vidas sino también el centro de su fe. El divorcio, un diagnóstico personal de enfermedad terminal o de debilitamiento progresivo, o una enfermedad en la vida de un ser querido, la pérdida de un trabajo, la experiencia de un desastre natural como un tornado, una inundación o un incendio que elimina completamente las posesiones físicas de toda una vida— todas estas gritan por alguna experiencia de la presencia de Dios— para poder responder a nuestras preguntas, para calmar nuestros temores y para ofrecernos confort y consuelo.

El viaje a Emaús es un viaje espiritual y literal. Cuenta la historia de dos discípulos que, después de la crucifixión y resurrección del Señor, caminan siete millas desde Jerusalén a su pueblo de Emaús. Simultáneamente, es un bosquejo del camino que todos nosotros tomamos desde no reconocer a Jesús, hasta entender lo que la Escritura dice acerca de Él, de reconocerlo por lo que Él es, y finalmente como testigos dar testimonio de lo que hemos experimentado.

Aunque los discípulos sabían quién era Jesús, ellos no lo reconocieron. No es que Jesús no estaba allí con ellos. El problema era que no lo veían o no podían verlo. Y entonces para

ellos, como para nosotros, Jesús necesitó abrirles sus ojos físicamente, pero aún más de abrirlos espiritualmente. Jesús lo hace de dos maneras.

En primer lugar, Jesús les *"abrió sus mentes para que entendieran las Escrituras"*. Las Escrituras, cuando son promulgadas durante la celebración de los Sacramentos, especialmente aquí en la Misa, es más que un documento histórico. En la revelada Palabra de Dios en los Evangelios, que son la verdadera presencia de Dios y de Jesús en ellas, y presente en nosotros a través del Espíritu Santo. San Pablo le dice a Timoteo que: *"Toda la Escritura está inspirada por Dios y útil para enseñar, rebatir, corregir y guiar en el bien. Así el hombre de Dios se hace un experto y queda preparado para todo trabajo bueno."* (Tim 3: 16, 17). Esta es la verdad en la cual Jesús abrió las vidas de los dos discípulos. Se nos han dicho que con las palabras de Jesús ellos se dijeron el uno al otro: *"¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!"* y ellos, a su vez, regresaron a Jerusalén y compartieron la Palabra de Dios. En la primera Lectura escuchamos el testimonio de fe de San Pedro en Jesús después de su venida en Pascua, y de la experiencia de Pedro de abandono, vergüenza y silencio frente a su traición (negó tres veces a Jesús), y por la palabra liberadora de perdón y de la comisión apostólica para él de Jesús Resucitado. En nuestros tiempos de crisis Jesús camina con nosotros y también nos comparte Su palabra en las Escrituras, y Su palabra se convierte en carne con el apoyo de buenos amigos quienes nos dan espacio para ventilarnos, un hombro para llorar, un hablar para levantarnos la moral, o si es necesario verificar lo que es real.

En segundo lugar, a los discípulos *"se les abrieron los ojos"* cuando Jesús partió el pan con ellos. La celebración de la Sagrada Eucaristía y el acto de la recepción de la Sagrada Comunión es nuestro encuentro con Jesús en la mesa en Emaús. En forma similar, cuando nos sentamos con alguien quién está preocupado, tal vez para una comida, a tomar una taza de café o simplemente quedándonos con ellos ofreciendo el "pan" de nuestra presencia; esto es un momento eucarístico con nutrición, una santa comunión, el pan de Jesús que ha sido tomado, bendecido, partido y compartido en buena fe, bondad, reconciliación, y justicia. Podemos hacer esto porque somos llamados a hacer tales signos, sacramentos, en la presencia de Dios, de Jesús para los otros y ellos para nosotros.

Todos tenemos nuestro camino a Emaús, cuando la fe es puesta a prueba por la aparente ausencia y silencio de Dios. Es entonces cuando necesitamos recordar de mirar y ver a Jesús viajando con nosotros, pero de una manera en que nosotros no lo esperábamos. Y también necesitamos recordar de que nosotros podríamos ser enviados a ser la Palabra, el Pan, la Presencia, el Sacramento del Jesús Resucitado para alguna otra persona.

Padre Jim Secora